

unas cuantas personalidades más fuertes y más violentas. Y el que coloca el placer por encima de la disciplina, y la impulsión por encima del dominio de sí mismo, ese no quiere el progreso, sino el retroceso á la bestialidad primitiva.

Retroceso, recaída, ese es, en el fondo, el ideal verdadero de ese bando que tiene la osadía de hablar de libertad y de progreso. Quiere ser lo porvenir; esa es una de sus principales pretensiones; ese es uno de los medios con ayuda de los cuales engatusa á la mayor parte de los bobos. Pero hemos visto en todos los casos que, lejos de ser el porvenir, es el pasado más olvidado, más fabuloso. Los degenerados balbucean y tartamudean en vez de hablar; lanzan gritos mono-silábicos, en lugar de construir frases gramaticalmente y sintáxicamente articuladas; dibujan y pintan como niños que ensucian con sus puercas manos las mesas y las paredes; hacen música como los hombres de raza amarilla del Extremo Oriente; confunden todos los géneros de arte, y los vuelven á las formas primitivas que tenían antes que la evolución los hubiese diferenciado. Cada rasgo en ellos es atávico, y sabemos por lo demás, que el atavismo es uno de los síntomas ordinarios de la degeneración. Lombroso ha probado que también muchas singularidades del tipo de los criminales-natos que ha descrito, son atavismos. Críticos intempestivos han creído encontrar una objeción especialmente ingeniosa oponiéndole, con una sonrisa de satisfacción, este argumento: «El instinto del crimen, dice usted, es á la vez, degeneración y atavismo; pero estas dos afirmaciones se excluyen recíprocamente: la degeneración es un estado patológico; la mejor prueba de ello está en que el tipo degenerado no se reproduce y desaparece. El atavismo es la vuelta á estados anteriores que no pueden haber sido patológicos, puesto que los seres humanos que han vivido en estos estados han evolucionado y progresado; ahora bien: una vuelta á un estado, antiguo en ver-

dad, pero sano, no puede sin embargo, ser una enfermedad». Toda esta palabrería tiene su fuente en la superstición obstinada que quisiera ver en la enfermedad un estado diferente por esencia de la salud; ése es un buen ejemplo de la confusión que una palabra puede causar en los cerebros poco claros ó ignorantes. No existe, en realidad, actividad ni condición del organismo, vivo que se pudiera designar en sí como «salud» ó como «enfermedad»; pero se convierten en tales con relación á las fases y á los objetivos del organismo. El mismo estado puede muy bien ser en una ocasión enfermedad y en otra salud. Según el momento en que se manifiesta, el pico de fiebre es un fenómeno regular y sano en el feto humano en la sexta semana; es, por el contrario, una deformación en el recién nacido. El primer año de su vida el niño no puede andar. ¿Por qué? ¿Es acaso porque sus piernas son demasiado débiles para sostenerlo? De ningún modo; las conocidas experiencias del Dr. L. Robinson, que abarcan sesenta niños recién nacidos, han probado que son capaces de suspenderse con las manos á un bastón hasta durante treinta segundos, ejercicio que presupone una fuerza muscular relativamente tan considerable como la de los adultos. No es por debilidad por lo que no pueden andar, sino porque su sistema nervioso no ha aprendido todavía á regular y á armonizar la actividad de los diferentes grupos musculares, de manera á producir un movimiento útil; los niños no pueden «coordinar». La incapacidad de coordinación de la actividad muscular se llama, en medicina: ataxia; ésta es pues, en el niño, el estado natural y sano. Y esta misma ataxia es una grave enfermedad cuando se manifiesta en el adulto como síntoma principal de tabes de la medula espinal; la identidad de la ataxia enfermiza del tabético y de la ataxia sana del niño de pecho es tan completa, que el Dr. S. Frenkel ha podido fundar sobre ella un tratamiento de los atáxicos, que consiste esencialmente en que los enfermos aprendan de nuevo, como los

niños, á andar y á sostenerse de pie¹. Se ve, pues, que un estado puede ser al mismo tiempo patológico y no obstante, el simple retroceso á una manera de ser en el origen completamente sano, y ha sido una ligereza culpable acusar de contradicción á Lombroso, cuando vió en el instinto criminal á la vez degeneración y atavismo. El lado enfermizo de la degeneración consiste precisamente en que el organismo degenerado no tiene la fuerza de ascender hasta el nivel de evolución ya alcanzada por la especie, sino que se detiene en el camino en un punto cualquiera situado más ó menos bajo. La recaída del degenerado puede llegar hasta la profundidad más vertiginosa; del mismo modo que cae somáticamente hasta el escalón de los peces, más aún, hasta el de los artrópodos y hasta de los rizópodos, aún no diferenciados sexualmente, cuando renueva por hendiduras del maxilar superior, los labios séxtuplos de los insectos; por las fistulas del cuello, los bronquios de los peces precisamente los más inferiores, los selacios; por los dedos en exceso (polidactilia), las aletas natatorias de radios múltiples de los peces, acaso hasta las sedas de los gusanos; por el hermafroditismo la axesualidad de los rizópodos, así también renueva intelectualmente en el caso más favorable, como degenerado superior, el tipo del hombre primitivo de la edad de piedra bruta; en el peor de los casos, en tanto que idiota, el de un animal con mucho anterior al hombre.

Sobre esto es sobre lo que debemos por todos medios y sin cansarnos, ilustrar á los débiles de juicio ó á los inexpertos. Los nombres rimbombantes que se atribuyen los degenerados, sus imitadores y sus esbirros críticos no son sino mentira é impostura. No son el porvenir, sino un pasado inmensamente remoto; no son el progreso, sino la

¹ Dr. S. Frenkel, *La terapéutica de las perturbaciones atáxicas del movimiento*.—*Gaceta hebdomedaria de Munich*, núm. 52, 1892.

más espantosa reacción; no son la libertad, sino la más vergonzosa esclavitud; no son la juventud y la aurora, sino la senilidad más agotada, la noche de invierno sin estrellas, la tumba y la podredumbre.

Todos los hombres sanos y morales tienen el deber sagrado de cooperar á la obra de protección y de salvación de los que no están todavía gravemente heridos por el mal. La epidemia intelectual no puede ser encauzada sino á condición que cada cual cumpla con su deber. No es lícito encogerse sencillamente de hombros y sonreír con desdén. Mientras que los indiferentes se consuelan por la idea «que ninguna persona razonable toma esa tontería en serio», la locura y el crimen hacen su obra y envenenan toda una generación.

Los místicos, pero sobre todo los egotistas, y los pseudo-realistas que cultivan la porquería, son enemigos de la sociedad de la peor especie. Tiene ésta el estricto deber de defenderse contra ellos; los que como yo creen que la sociedad es la forma natural orgánica en la cual únicamente la humanidad puede vivir, prosperar y evolucionar hacia más altos destinos; los que consideran la civilización como un bien valioso y que merece ser defendido, esos deben inexorablemente aplastar con el pie la escoria anti-social. Al que se entusiasma con Nietzsche, con el «carnicero voluptuoso errante libremente», á ese le gritamos: «¡Fuera de la civilización! ¡Vete á andar errante, lejos de nosotros! ¡Sé un carnicero voluptuoso en el desierto! ¡Bástate á ti mismo! ¡Allánate los caminos, constrúyete cabañas, vístete y aliméntate como puedas! Nuestras calles y nuestras casas no están hechas para ti, nuestras tejedoras no tienen telas para ti, nuestros campos no están cultivados para ti! Todo nuestro trabajo está realizado por hombres que se estiman unos á otros, tienen consideraciones unos para otros, se ayudan recíprocamente y saben poner riendas á su egoísmo en provecho del bien general. No hay ningún sitio entre nos-

otros para el carnicero voluptuoso, y si te atreves á deslizar te entre nuestras filas, te reventaremos implacablemente á estacazos.»

Y con más energía todavía es preciso ponerse enfrente de la cuadrilla de pornógrafos de profesión que se revuelcan en la porquería. Estos no tienen ningún derecho á la medida de piedad que se puede aún conceder á los degenerados propiamente dichos á fuer de enfermos, puesto que han escogido libremente su vil industria y la ejercen por amor del lucro, por vanidad y por odio al trabajo. La excitación sistemática á la lubricidad acarrea los desórdenes más graves en la salud física é intelectual del individuo, y una sociedad compuesta de individuos sexualmente sobreexcitados, que no conoce ya ningún freno, ninguna disciplina, ningún pudor, marcha seguramente á su ruina, siendo demasiado encogida y cobardona para poder aún realizar grandes empresas. El pornógrafo envenena las fuentes de donde brota la vida de las generaciones futuras; ningún trabajo ha sido tan duro para la civilización como el de dominar la concupiscencia; el pornógrafo quiere arrancarnos el fruto de estos esfuerzos los más violentos de la humanidad. No debemos tener para él ninguna indulgencia.

La policía no puede resolver este asunto. El fiscal y el juez criminal no son los defensores indicados de la sociedad contra los crímenes cometidos con la pluma y el lápiz. Mezclan en su intervención demasiadas consideraciones hacia intereses que no son siempre, que no son necesariamente los de las gentes ilustradas y morales. El gendarme ha tenido con tanta frecuencia que ponerse al servicio de una clase privilegiada, de la arrogancia insostenible de las administraciones, de la presunción de infalibilidad de ministros y otros gobernantes, del bizantinismo más indigno y de la superstición más estúpida que ya no deshonra al hombre sobre el cual pone su pesada mano. Ahora bien; ahí está la cuestión: el pornógrafo

debe ser marcado á fuego por su ignominia, y una sentencia criminal no tiene seguramente este efecto.

La condena de obras que especulan sobre la inmoralidad debe emanar de hombres cuya ausencia de prejuicios, la libertad de espíritu, la comprensión y la independencia, no pueden ser puestas en duda por nadie. La palabra de esos hombres sería de un efecto profundo sobre el pueblo. Existe ya en Alemania una «Alianza de los hombres contra la inmoralidad». Desgraciadamente no se inspira exclusivamente en el cuidado de la salud y en la pureza moral de la muchedumbre y especialmente de la juventud, sino en consideraciones que parecen prejuicios á la mayoría del pueblo. La «Alianza de los hombres» persigue la falta de fe casi más aún que la inmoralidad; una palabra libre contra la revelación y la Iglesia le inspira más horror que una palabra obscena; este confesionalismo estrecho es causa de que la acción de dicha Alianza sea menos fecunda de lo que pudiera serlo. A pesar de esto, podemos tomarla por modelo; hagamos lo que ella hace, pero hagámoslo sin mojigaterías. He ahí una empresa digna, por ejemplo, de sociedades tales como las de Berlín «para la cultura ética» ó la «Liga» de que tanto se han burlado de M. Bérenger. Que una sociedad por el estilo se haga el guardián voluntario de la moralidad del pueblo; los pornógrafos tratarán naturalmente de ponerla en ridículo; pero no tardarán en tener que tragarse sus burlas. Una sociedad de la cual forman parte los guías y los educadores del pueblo: profesores, autores, diputados, jueces, altos funcionarios, tienen la fuerza de ejercer un *boycottage* irresistible. Que emprenda el examen de la moralidad de las manifestaciones artísticas y literarias; la composición de esa sociedad garantizaría que dicho examen no sería mezquino, gazmoño ni beato; sus miembros tendrían que poseer bastante cultura y buen gusto para distinguir la franqueza de un artista moralmente sano de la baja especulación de un ru-

fián escritorzuelo. Cuando semejante sociedad, en la cual entrarían precisamente á este efecto los hombres más calificados del pueblo, dijese de un hombre, después de una seria información y con la conciencia de su pesada responsabilidad: «¡Es un criminal!», y de una obra: «¡Es una vergüenza para nuestro país!», obra y hombre quedarían aniquilados. Ningún librero honrado expendería la obra condenada, ningún periódico honrado la mencionaría ni concedería al autor acceso en sus columnas, ninguna familia honrada le recibiría en su casa, y el temor saludable de este destino, no tardaría en impedir la aparición de libros tales como *La buena Escuela* de Hermann Bahr, y haría perder á los «realistas» la costumbre de hacer gala, como de una distinción, de una sentencia judicial por atentados al pudor.

Los médicos alienistas, por su parte, tampoco han comprendido aún su deber. Ya es hora de que se pongan delante en las filas. «Es un prejuicio, dice con mucha razón Bianchi, creer que la psiquiatría debe conservarse encerrada en un santuario semejante al de la Meca»¹. Es ciertamente meritorio endurecer en el ácido crómico cortes de medula espinal y teñirlos con la solución neutrófila, pero no debiera esto agotar la actividad de un profesor de psiquiatría. No basta tampoco que dé además unas cuantas conferencias para los jurisperitos y publique observaciones en los periódicos especiales. ¡Que hable á la masa de las gentes ilustradas que no son ni médicos ni jurisconsultos! ¡que les ilustre en los periódicos generales y por conferencias accesibles acerca de los hechos principales de la medicina mental! ¡que les muestre la perturbación intelectual de los artistas y de los autores degenerados y que les enseñe que las obras á la moda son delirios escritos y pintados! En todas las demás ramas de la

¹ A. G. Bianchi. *La patologia del genio e gli scienziati italiani*, Milán, 1892, pág. 79.

medicina se ha comprendido que la higiene es más importante que la terapéutica y que la salud tiene más que esperar de la profilaxia que del tratamiento; únicamente la psiquiatría no piensa aún, entre nosotros, en la higiene del espíritu; ya es hora de que ejerza también su vocación en esta dirección. Un Maudsley en Inglaterra, un Magnan y un Ballet en Francia, un Lombroso y un Tonni en Italia, han aportado á un público extenso la comprensión de los fenómenos oscuros de la vida del espíritu y difundido conocimientos que hacen por lo menos imposible, en dichos países, la influencia de dementes caracterizados sobre centenares de miles de ciudadanos investidos del derecho de sufragio¹, si no han podido todavía impedir que el arte de los degenerados llegue á ponerse de moda. Sólo en Alemania ningún psiquiatra de renombre ha seguido aún este ejemplo; se trata de recuperar el tiempo perdido; especies de cartillas populares debidas á la pluma de hombres que se recomiendan al lector por una situación oficial considerada, podrían retener á muchos espíritus sanos antes de afiliarse á las tendencias degenerescentes.

Tal es el tratamiento que yo creo eficaz, de la enfermedad de la época: caracterización como enfermos de los degenerados y de los histéricos jefes de movimientos; desenmascaramiento y estigmatización de los plagiarios como enemigos de la sociedad; advertencia al público de desconfiar de las mentiras de estos parásitos.

En cuanto á nosotros, especialmente, que hemos asignado por misión á nuestra vida combatir la vieja superstición, difundir la luz, derribar por completo las ruinas históricas y barrer sus escombros, defender la libertad del individuo contra la opresión del Estado y de la rutina maquinales de los *filistinos*, debemos oponernos enérgicamente

¹ Alusión á la influencia política ejercida en numerosas circunscripciones electorales alemanas por el antisemita Paaschen, que es un demente perseguido reconocido. (N. del T.)

te á que miserables ensartadores de frases huera se apoderen de nuestras consignas más preciadas para coger en la trampa, valiéndose de ellas, á los bobalicones inocentes. La «libertad» y el «modernismo», el «progreso» y la «verdad» de esas gentes no son los nuestros; no tenemos nada de común con ellos. Quieren el sibaritismo, nosotros queremos el trabajo; quieren ahogar la conciencia en lo inconsciente, nosotros queremos fortalecer y enriquecer la conciencia; quieren la fuga de ideas y el desvarío, nosotros queremos la atención, la observación y el conocimiento. He ahí el criterio que permitirá á cada uno reconocer á los verdaderos modernos y distinguirlos con seguridad de los impostores que se arrojan imprudentemente este nombre: el que predica la indisciplina es un enemigo del progreso, y el que adora su «yo» es un enemigo de la sociedad. Esta tiene como primera premisa el amor al prójimo y la capacidad para el sacrificio, y el progreso es el efecto de una subyugación cada vez más dura de la bestia en el hombre, de un enfrenamiento de sí mismo cada vez más severo, de un sentimiento del deber y de la responsabilidad cada vez más delicado. La emancipación por la cual entramos en liza es la del juicio, no la de las codicias. Para decirlo con una parábola profundamente sonora de la Escritura (San Mateo, V, 17): «No creáis que yo haya venido para abolir la Ley ó á los Profetas, he venido no para abolirlos, sino para realizarlos.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

EPÍLOGO DEL AUTOR ¹

En tiempo de guerra, cuando en alta mar, un navío de una potencia beligerante divisa otro navío, dispara un cañonazo á guisa de salva, lo cual significa un aviso al barco desconocido para que ice su pabellón. Si no responde en seguida á este aviso, se le dispara con bala y se hacen esfuerzos para abordar la nave sospechosa. Si despliega al aire un pabellón y se descubre que no es aquel bajo el cual tiene derecho á navegar, se le trata como á pirata. Así lo piden las costumbres que imperan en el mar.

En la guerra en tierra firme se hace lo mismo. Al enemigo de uniforme que lleva la escarapela en el *schacó*, se le atestigua una estima caballeresca; si uno es vencido por él, después de una lucha valerosa, se aprecia su energía y no se siente ni humillación ni exasperación; si se le ha derrotado, se rinden á sus heridos, lo mismo que á sus prisioneros, los honores debidos al igual y al par, aun desgraciado. Pero el bandido solapado que finge permanecer inocentemente detrás de la maleza mirando, con las manos en los bolsillos, á la tropa que pasa, para en seguida sacar un fusil de debajo de la blusa y fusilarla por la espalda; pero el asesino disimulado que enfrente del enemigo es un Labrador pacífico sin insignia de ninguna clase y no se convierte en guerrero sino cuando el

¹ Al enviarme este epílogo, Nordau me escribía las siguientes líneas: «He aquí el epílogo prometido. Resume la doctrina política del libro, y deduce una conclusión práctica. Porque detrás del decadentismo se ha ocultado siempre la reacción política y clerical más virulenta, y conviene poner especialmente en plena luz este punto á fin de que hasta los miopes más recalcitrantes tengan por fuerza que verlo.»—(N. del T.)